



Laicos, testigos de la misericordia

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar 2016

Material para el trabajo personal
y en grupo



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-11996-2016

Invitados a ser misericordiosos como el Padre

Material para el trabajo personal y en grupo

En la solemnidad de Pentecostés, Pascua del Espíritu Santo, la Iglesia celebra el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Y, como a los Apóstoles, Jesús nos dice: “No tengáis miedo”. “No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace clamar: ¡*Abba*, Padre!” (*Rom* 8, 15)

Los Apóstoles tuvieron miedo y, al igual que nosotros no entendieron a Jesús cuando afirmaba: “Os conviene que yo me vaya: porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito” (*Jn* 16, 7). Llega entonces el que mira por nosotros, el que defiende, el que auxilia, el que infunde ánimo, el que alienta; el que otorga valor y confianza. Hildegarda von Bingen llama al Espíritu “vida de la vida de toda criatura”. Así, en Pentecostés, cuando Cristo ascendió a los cielos, los Apóstoles dejaron de mirar a las nubes por donde desaparecía el Hijo de Dios, para mirar a la tierra, donde había de manifestarse el Espíritu Santo (*Hch* 1, 10-11).

El Espíritu, afirma el papa Francisco, nos hace hablar con los hombres en el diálogo fraterno. Nos ayuda a hablar con los demás reconociendo en ellos a hermanos y hermanas, a hablar con amistad, con ternura, con mansedumbre, comprendiendo las angustias y las esperanzas, las tristezas y las alegrías de los demás (8 de junio de 2014) El Espíritu nos ayuda a ponernos en el lugar del otro para entenderlos, para compadecernos.

El Espíritu suscita en nosotros el grito profético, que, apoyado en la Palabra de Dios, clama ante las injusticias a que son sometidos los pobres.

Jesús nos dice: “Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros”. El Espíritu nos llena por dentro y lanza hacia fuera. Vislumbrar la presencia del Espíritu creador (*Gén 1*), que en el caos original comienza a reorganizar unas relaciones nuevas nos empuja a construir un nuevo mundo de relaciones más justas y solidarias, más integradores, más humanas. El Espíritu suscita en nosotros el deseo de construir una sociedad nueva, el deseo de hacer el bien a los otros de forma bella y creativa. El día de Pentecostés, nos dice el papa Francisco, fue el bautismo de la Iglesia, que nace “en salida”, en “partida” para anunciar a todos la Buena Noticia (8 de junio de 2014); e insiste: el mundo tiene necesidad del valor, de la esperanza, de la fe y de la perseverancia de los discípulos de Cristo (24 de mayo de 2015).

Por el Espíritu somos todos los creyentes, capaces de vivir llenos por dentro y lanzados hacia fuera. Todos los cristianos, pastores y laicos, estamos llamados a anunciar con obras y palabras el Evangelio de Jesucristo y en este Jubileo Extraordinario de la Misericordia el papa Francisco nos exhorta para que se haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes. El Espíritu que es aliento, intuición, emoción, memoria viva, nos ayuda en esta tarea.

Jubileo de la Misericordia

En este Jubileo de la Misericordia el Espíritu nos da sensibilidad para escuchar y consejo y fortaleza para acompañar a las personas que sufren en el camino. No nos permite pasar de largo de quien solicita nuestra ayuda, y esto sin acepción de personas... Escuchar el clamor del que sufre es señal de que “el Espíritu del Señor está sobre mí (...) y me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Noticia (*Lc 4, 18-19*).

Ese mismo Espíritu nos da sus dones para convertirnos en “compañeros de camino” y “sanadores de heridas”, porque también nosotros hemos necesitado que otra mano nos levantara del camino.

“Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado” (MV, n. 2).

La misericordia es tenida entre nuestros iguales con frecuencia por una debilidad. De ahí que, en un primer paso, debemos realizar algunos esfuerzos para recuperar el sentido originario y por entero de este vigoroso término. San Agustín, y más tarde santo Tomás de Aquino, interpretó el término “misericordia” en su sentido lingüístico: tener el corazón (*cors*) con los *miseri*, con los pobres y afligidos, en el sentido más amplio de una y otra palabra. Siguiendo a Aristóteles, definieron la compasión como la actitud de compartir el sufrimiento de otros: *miserum cor habens super miseria alterius*, tener el corazón afligido a causa de la aflicción de otra persona. Para san Agustín y santo Tomás, semejante compasión y semejante misericordia no son solo sentimientos suscitados por la experiencia del sufrimiento de otro; no son actitudes únicamente afectivas, sino también, al mismo tiempo, efectivas, pues buscan combatir y superar la carencia y el mal.

La misericordia nace de la eternidad de Dios. La Biblia continuamente nos remite al corazón compasivo de Dios. Dios elige personas a su gusto o según el dictado de su corazón (1 Sam 13, 14;

Jer 3, 15; Hch 13, 22). Habla del corazón divino, que se entristece por el ser humano y sus pecados (*Gén 6, 6*), y dice que Dios pastorea a su pueblo con corazón íntegro (*Sal 78, 72*). El profeta Oseas nos muestra la cima de misericordia de Dios: le da un vuelco el corazón y se le conmueven las entrañas (*Os 11, 8*). A Dios le mueve un amor verdaderamente apasionado por el ser humano.

Este amor apasionado de Dios se desborda en Jesucristo. Jesucristo es el Rostro de la misericordia del Padre. En Él nos ha elegido Dios desde toda la eternidad. Jesús había de ser semejante en todo a nosotros (*Heb 2, 17*). “El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder con-padecer él mismo como hombre (...). Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios, y así aparece la estrella de la esperanza” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 39).

El Dios misericordioso no es sin más el “buen Dios” que hace la vista gorda a nuestras maldades y negligencias. Al contrario, su salvadora cercanía es expresión de su alteridad y de su incomprensible ocultación (*Is 45, 15*); así, la misericordia es la gracia que posibilita la conversión. La misericordia de Dios, revelada de una vez por todas en la cruz, nos revive y revitaliza inmerecidamente, a nosotros, que merecíamos el juicio y la muerte.

El amor de Dios por nosotros es tan grande que su misericordia es la opción de Dios por la vida. Dios se manifiesta especialmente solícito con los débiles y los pobres. Se manifiesta sobre todo en la prohibición de oprimir y explotar a extranjeros, viudas y huérfanos (*Éx 22, 20-26*), en la protección de los pobres ante los tribunales (*Éx 23, 6-8*) y en la prohibición de la usura (*Éx 22, 24-26*).

Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso (MV, n. 6)

Nos envía a Jesús, su hijo amado, que no solo anuncia el mensaje de la misericordia del Padre, sino que también lo vive. Vive lo que anuncia. Se hace cargo de los enfermos y atormentados por los malos espíritus. Se compadece del leproso (*Mc* 1, 41), del sufrimiento de la madre que ha perdido al hijo (*Lc* 7, 13), de los enfermos (*Mt* 14, 14), del pueblo que pasa hambre (*Mt* 15, 32), de los ciegos (*Mt* 20, 34), por las ovejas que son como ovejas sin pastor (*Mc* 6, 34), junto a la tumba de Lázaro llora (*Jn* 11, 35-38).

La misericordia divina ofrecida por Jesucristo es desmesurada: desborda toda medida, con los publicanos y pecadores (*Lc* 7, 34), en casa del fariseo Simón muestra compasión por la prostituta (*Lc* 7, 36-50), con Zaqueo el publicano (*Lc* 19, 1-10). “En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión” (MV, n. 8).

La acción perdonadora y misericordiosa de Dios debe ser modelo para el actuar cristiano: sed amables y compasivos unos con otros. El sermón de la montaña es el punto álgido de la misericordia y el amor exigido es, para Jesús, el mandamiento del amor a los enemigos.

La ternura de Dios en un mundo herido.

“¿Qué has hecho de tu hermano?”

El mensaje de la ilimitada misericordia de Dios, choca una y otra vez con la experiencia de las demás realidades del mundo y con la experiencia, a menudo trágica del sufrimiento inmerecido en el mundo.

Las palabras de Jesucristo y de santa Faustina Kowalska nos muestran cuál es el sentido último del amor cristiano al prójimo y cómo la misericordia cristiana consiste en el fondo en encontrarse con Jesucristo en la persona sufriente. De ahí que la misericordia

no sea en primer lugar una cuestión moral, sino de fe en Cristo, de seguimiento de Cristo, de encuentro con Cristo.

“Ayúdame, oh, Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarlo.

Ayúdame, oh, Señor, a que mis oídos sean misericordiosos, para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus sufrimientos y quejas.

Ayúdame, oh, Señor, a que mi lengua sea misericordia, para que jamás hable negativamente de mi prójimo, sino que siempre tenga una palabra de consuelo y perdón para todos.

Ayúdame, oh, Señor, a que mis manos sean misericordiosas y estén llenas de buenas obras, para que sepa hacer a mi prójimo exclusivamente el bien y cargue sobre mí las tareas más difíciles y penosas.

Ayúdame, oh, Señor, a que mis pies sean misericordiosos, para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, venciendo mi propia fatiga y cansancio. El reposo verdadero está en el servicio al prójimo.

Ayúdame, oh, Señor, a que mi corazón sea misericordioso, para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo. A nadie le rehusaré mi corazón. Seré sincera incluso con aquellos de los cuales sé que abusarán de mi bondad. Y yo misma me encerraré en el misericordiosísimo Corazón de Jesús. Soportaré mis propios sufrimientos en silencio. Que tu misericordia, oh Señor, repose dentro de mí.

Santa Faustina Kowalska

“En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende solo en la escuela

de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de gratitud y comunión, de generosidad y perdón. ¡Todo esto es misericordia!

En la medida en que la humanidad aprenda el secreto de esta mirada misericordiosa, será posible realizar: “En el grupo de los creyentes, todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía” (*Hch* 4, 32). Aquí la misericordia del corazón se convirtió también en estilo de relaciones, en proyecto de comunidad y en comunión de bienes. Aquí florecieron las “obras de misericordia”, espirituales y corporales. Aquí la misericordia se transformó en hacerse concretamente ‘prójimo’ de los hermanos más indigentes” (san Juan Pablo II, 30 de abril de 2000, misa de canonización de santa Faustina Kowalska).

“Cuando nos hemos encontrado con Jesucristo, en nuestra misericordia se realiza de manera concreta la misericordia de Dios para con nuestro prójimo; en nuestra misericordia se le manifiesta a este algo del prodigio del reinado de Dios, que irrumpe en secreto. La misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (MV, n. 9)

Apóstoles comprometidos

El papa Francisco nos anima a vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: *Misericordiosos como el Padre*. El evangelista refiere la enseñanza de Jesús: «Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso» (*Lc* 6, 36). Es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y de paz (MV, n. 13).

“Dios se comprometió. (...) Su compromiso más grande ha sido darnos a Jesús y, en él, se ha comprometido plenamente restituyendo

esperanza a los pobres, a cuantos estaban privados de dignidad, a los extranjeros, a los enfermos, a los prisioneros y a los pecadores, que acogían su bondad.

Así, a partir del amor misericordioso con el que Jesús ha expresado el compromiso de Dios, también nosotros podemos y debemos corresponder a su amor con nuestro compromiso. Y esto sobre todo en las situaciones de mayor necesidad, donde hay más sed de esperanza. (...) En todas estas realidades nosotros llevamos la misericordia de Dios a través de un compromiso de vida, que es testimonio de nuestra fe en Cristo. Debemos siempre llevar aquella caricia de Dios –porque Dios nos ha acariciado con su misericordia– llevarla a los demás, a aquellos que tienen necesidad, a aquellos que tienen un sufrimiento en el corazón o están tristes: acercarnos con aquella caricia de Dios, que es la misma que Él ha dado a nosotros” (Francisco, 20 de febrero de 2016)

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cf. *Mt* 25, 31-45). No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: «En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor» (MV, n. 15).

Ese amor animado por el Espíritu grita en el interior de muchos creyentes con la pregunta de Dios a Caín: “¿Qué has hecho por tu hermano?” (*Gén* 4, 9-10). San Agustín invoca: “¿Qué es lo que amo en ti? Seres humanos: ‘Templos del Espíritu Santo’. Grupos de cristianos comprendiendo que en el hermano sufriente han encontrado a Jesucristo se han lanzado a desarrollar proyectos que mejoran la vida humana, para acompañar a los más débiles, para enfrentarse al mal en todas sus facetas, comprendiendo que sus vidas y su modo de ir por la vida deben ser un signo concreto de que Dios está cerca de nosotros.

El Espíritu Santo entonces conduce los pasos de los creyentes alentando documentos de la Iglesia, a instituciones y personas donde se hace visible el rostro misericordioso del Padre, como nos pide el papa Francisco, para que vivamos y cooperamos en la obra de salvación realizada por Cristo.

El tiempo es superior al espacio

“El tiempo es superior al espacio”, nos dice el papa Francisco. “Este principio permite trabajar a largo plazo sin obsesionarse por resultados inmediatos” (*Evangelii gaudium*, nn. 222-223).

Trabajando a largo plazo la Iglesia, los laicos y sus instituciones somos testimonio profético de la misericordia de Cristo: “Somos testigos del grave sufrimiento que aflige a muchos en nuestro pueblo motivado por la pobreza y la exclusión social (...) hasta que no se haga efectiva en la vida de los más necesitados la mejoría que los indicadores macroeconómicos señalan, no podremos conformarnos”. (Conferencia Episcopal Española, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, n. 1).

Que el tiempo es superior al espacio estuvo en el ánimo la Acción Católica cuando quiere dar respuesta: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo.

La Acción Católica, y en concreto la rama de Mujeres de Acción Católica, fue consciente, desde las llamadas de los papas de la primera mitad del siglo XX, de las carencias que vivía la humanidad. El hambre manifestado en el triple plano fisiológico, intelectual y religioso. El mundo, decían, padece hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios.

“En el orden de los valores absolutos es evidente que la más grave es la ‘indigencia espiritual de muchedumbres numerosas’,

de la que había hablado Pío XII. Esto es todo el problema de la evangelización sobrenatural.

Las otras dos hambres, sin estar separadas de la precedente, se sitúan más directamente sobre el plano natural, tanto si se trata del hambre del cuerpo como del hambre de la inteligencia.

La Campaña contra el Hambre se situaba desde el principio en la consigna dada por los sucesores de los Apóstoles, “sentir con el débil”, porque difícilmente se podrá encontrar algún tipo de debilidad que no tenga su origen en una de las tres hambres: la material, la intelectual o la sobrenatural”.

De este sentir con otros, “com-padecemos” con otros para dar respuesta a las *tres hambres* del mundo, nacieron en España al amparo de la Acción Católica Española varias Obras que con distinta intensidad siguen en la actualidad. La formación cristiana que quiere dar respuesta hoy al *hambre de Dios* la sigue desarrollando Acción Católica. Los Centros Católicos de Cultura Popular y Desarrollo de Adultos para atender al *hambre de cultura*, que “desde el principio tuvieron el carácter de entidades de educación de adultos en un sentido moderno; entidades educativas con el objetivo de preparar a las mujeres de los medios populares para que fueran capaces de estar a la altura de las exigencias de una sociedad en mutación”.

Y Manos Unidas para saciar el *hambre de pan*. En 1959 las mujeres de Acción Católica lanzan un *Manifiesto* contra el hambre:

“Mujeres católicas, llamadas por Jesucristo para dar testimonio de un amor universal y efectivo por la familia humana, no podemos resignarnos al hecho de que la mitad de la humanidad sufra hambre”. Sin el encuentro con Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, esto no hubiera sido posible.

Con motivo del 30º aniversario de Manos Unidas, Pilar Bellosillo, promotora de esta iniciativa, escribió unas notas sobre los antecedentes de Manos Unidas, de las que se desprende un precioso dato para valorar cuál ha sido la aportación peculiar de esta asociación a la lucha contra el hambre; Manos Unidas ha aportado algo tan imprescindible como el alma. En el alma reside la conciencia y se genera el amor. Ambos –conciencia y amor– son ingredientes indispensables de cualquier iniciativa en la que se juegue el futuro del hombre; las soluciones técnicas solo son el instrumento que posibilita la acción; pero unas actuaciones en las que no se hagan presente la conciencia y el amor carecerán de sentido humanizador. La lucha contra el hambre no es una excepción; junto a las partidas económicas y a las opciones políticas encaminadas a hacer frente al problema, se requiere un suplemento de espíritu.

Tres han sido y son las bases principales de Manos Unidas: información, ayuda y formación. Información a la opinión pública para concienciar. Ayuda para proyectos de desarrollo. Formación: “debemos tratar de ayudar, pero enseñando a que prescindan de nosotros”, siguiendo la frase de san Agustín: “se da pan al que tiene hambre; pero mejor sería que nadie tuviera hambre”.

La respuesta al *hambre de Dios* la sigue dando la Acción Católica. Siempre ha habido en la Iglesia, desde los primeros momentos, alguna forma de apostolado seglar, y más aún, algún modo de colaboración de los seglares con los Apóstoles y sucesores de los Apóstoles. Esta colaboración seglar con los pastores de la Iglesia al servicio de la misión del Pueblo de Dios, es un don del Espíritu Santo que se realiza y manifiesta de diverso modo a lo largo de los siglos.

Con este espíritu nace la Acción Católica allá por el siglo XIX con convocación de dar respuesta a la sed de Dios, colaborando en la maduración de la fe cristiana de quienes dan sus primeros pasos en la fe y en la vida de la Iglesia. Un medio para promover una pro-

funda espiritualidad, una sólida formación cristiana, conscientes de su misión de anunciar a Jesucristo en el mundo.

La Acción Católica definida sobre la base de las cuatro notas que el Concilio Vaticano II no antepone nada al amor de Jesucristo. La espiritualidad de Acción Católica, es la propia de los creyentes, es cristocéntrica, porque brota continuamente del encuentro personal con Jesucristo, en quien nos abrimos al Misterio insondable de Dios y del hombre, del mundo, de la historia y de la vida. Busca a través de los proyectos de formación que los laicos se encuentren con Jesucristo y vivan consecuentemente su vocación laical como cristianos maduros y comprometidos en el mundo.

Con la misma vocación de dar respuesta a la necesidad que padecía la sociedad de los años 41-42 del siglo pasado los obispos españoles lanzaron una *Campaña Nacional de Caridad*. La conciencia de la necesidad de organizar la actividad caritativa impulsó a la Conferencia de Metropolitanos (antecedente de la actual Conferencia Episcopal Española) a crear un *Secretariado Nacional de Caridad* dentro de la Junta Técnica Superior de la Acción Católica Española.

Cáritas tiene un programa ambicioso que concreta misericordia de Dios. Son conscientes de la necesidad de conectar el crecimiento y desarrollo económicos con unas políticas sociales de distribución de bienes y servicios que conviertan en viable el acceso de todos a unos niveles mínimos de bienestar capaces de garantizar a los seres humanos una vida digna. Se esfuerzan para ello en mantener su presencia en las realidades sociales menos afortunadas, a través de actuaciones asistenciales, de promoción y animación comunitarias, de formación permanente, de educación y práctica de solidaridad universal.

En este momento llevan a cabo la campaña #migrantes con Derechos, junto a la Red Intraeclesial, integrada por Cáritas Española,

CONFER, Justicia y Paz, el Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones y el Sector Social de la Compañía de Jesús. Pretenden consolidar la estrategia estatal conjunta que vienen impulsando para organizar, a la luz del Jubileo de la Misericordia, una respuesta global y coordinada a la realidad de las migraciones en nuestro país, que se ha visto agudizado en los últimos meses con la aparición de nuevos escenarios en la Unión Europea.

Existen muchos creyentes que realizan un voluntariado en distintas instituciones fruto de haber descubierto al Señor en los sufrimientos.

Testimonio de Ricardo Allende Costales (archidiócesis de Santiago de Compostela)

Mi labor de voluntariado se desarrolla con personas con discapacidad psíquica, con ancianos en un centro de tercera edad, con enfermos y con mujeres sin techo en una casa de acogida. Muy variado, con distintas necesidades pero con un denominador común: Escucharles. Necesitan hablar, necesitan contarte su vida pasada, su momento actual y sus perspectivas de futuro.

Estar con personas con discapacidad psíquica es emocionarte porque notas inocencia en cuerpos de adultos, y porque para ellos no existen los problemas que a nosotros nos abruman, son felices y nos lo demuestran.

Estar con los ancianos es aprender, es admirar y a veces es también hacerse muchas preguntas, esas preguntas que ellos mismos se hacen y que no tienen respuesta.

Pero hay otros dos momentos durante el año en los cuales mis vivencias como voluntario se multiplican y en los que además participan

personas de todos estos grupos con los que realizo mi voluntariado todo el año. Ese primer momento es nuestra peregrinación al santuario de Lourdes. El otro momento importante es la peregrinación al santuario de Fátima, días que al igual que en Lourdes nos envuelve la magia de un lugar donde la Virgen María quiso aparecerse a tres pastorcitos.

Demuestra que eres un verdadero ser humano y, sobre todo, hijo de Dios. Agradece todos los días por lo que tienes y ayuda al desconocido sin esperar nada a cambio.

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos o desnudo y te vestimos, o cuando te vimos enfermo y en la cárcel y te fuimos a visitar? Y respondiendo el Rey les dirá: de cierto os digo que cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños a mí me lo hicisteis.

Testimonio de Celia de León (diócesis de Cartagena)

“Querer y que te quieran. ¿Te parece poco?”. Con este lema la Fundación Jesús Abandonado, en la que mantienen una presencia comunitaria la Orden de los Hermanos de San Juan de Dios, pretende captar la atención de los murcianos para que colaboren en la ayuda de más de 3500 personas en riesgo de exclusión social.

Es un trabajo desde el cariño, la paciencia y la ternura.

Comencé mi voluntariado en el servicio de duchas y en el ropero. Pronto descubrí la importancia de una sonrisa, de un gesto de cariño, de una escucha atenta, de una mano en el hombro... Pero sobre todo, constaté que Jesús abandonado, la labor de todos sus trabajadores y voluntarios, el trabajo incansable de los Hermanos de San Juan de Dios me habían salvado a mí. Sí, así era. Fui yo la salvada, yo la rescatada, yo la acogida. Cuando una persona se encuentra en el pozo del paro es muy difícil no dejarse vencer por el desánimo y mi voluntariado me ayudó a mirar mi vida de otra forma, a luchar por lo que quería, a valorar cada regalo que Dios había puesto en mi vida.

Ver: mirada creyente

Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso (MV, n. 6)

- Mira a tu alrededor y observa si en tu entorno encuentras ese amor cercano, providente, santo y misericordioso. Expón un hecho de amor misericordioso o uno donde falte ese amor.
- ¿Conoces estas instituciones u otras que sean muestra de las obras de misericordia corporales?

Juzgar: reflexión creyente

Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no está disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia (MV, n. 9)

La parábola del “siervo despiadado” ofrece una profunda enseñanza (lee *Mt*, 18, 21-35)

- ¿Cómo vives tú esta verdad? Responde brevemente con una frase que lo resuma.
- Contesta: ¿no debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?

Actuar: compromiso creyente

El papa Francisco nos propone inspirarnos durante este Año Santo en la bienaventuranza “Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia” (Mt 5, 7)

- Cómo llevamos nosotros la misericordia de Dios a través de un compromiso de vida, que es testimonio de nuestra fe en Cristo
- Define un compromiso concreto y realista para realizar alguna de las obras de misericordia corporales.

Bibliografía

- FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia.
- KASPER, W. *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Ed. Sal Terrae.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, EDICE, Madrid 2015.
- SALAS, M., «Campaña contra el hambre en el mundo. Labor de la Iglesia en los planos mundial y nacional» (en *Ecclesia*, n. 948, 1959, pp. 13-14).

SALAS, M. y RODRÍGUEZ DE LECEA, T., *Pilar Bellosillo, nueva imagen de la mujer en la Iglesia*, Ediciones de ACE, Madrid 2004.

ESCARTÍN, P., *Declararon la guerra al hambre. Cincuenta años en la vida de Manos Unidas*, Ed. Manos Unidas, Madrid 2009.

